
Beatriz de la Fuente
EL AMOR A LA VIDA
EN LAS OFRENDAS
A LA MUERTE



Los pueblos del México antiguo no se sustrajeron a ese denominador común a todos los pueblos, a todos los credos y a todas las culturas: la preocupación por la muerte y las ideas en relación a lo que ocurre después del término de la vida natural. Tampoco fueron ajenos a ellos en los recursos a que acudieron para manifestar tales ideas y preocupaciones por medio de construcciones destinadas a albergar a los muertos y de objetos de las más variadas formas para acompañarlos. La conciencia universal del fenómeno de la muerte y lo que tal conciencia implica, fue asimismo, entre nuestros antepasados fuente de inspiración para manifestaciones artísticas particulares.

Me habré de ocupar ahora tan sólo en un aspecto de éstas:

el que ofrecen algunos de los dones con que los pueblos prehispánicos obsequiaban a sus muertos; de los que dejaron fuera problemas escatológicos: especulaciones acerca de las doctrinas religiosas, creencias y tradiciones en relación al destino último del hombre y del mundo. Me interesa únicamente destacar cómo es que a través de la ofrenda de ciertos objetos cuya índole puede considerarse artística, se manifiesta algo como una pretensión de persuadir a un cadáver de que su condición de muerte es ilusoria, de que su vida continúa.

Estas ofrendas, entre las cuales hay desde los muy modestos objetos de barro hasta los otros lujosamente elaborados y hechos en finos materiales de jade y de oro, y desde las sencillísimas representaciones de figuras de aspecto natural hasta

las otras de aspecto abstracto y de esotérica significación, estas ofrendas se depositaron con los muertos, en el mismo sitio en que iban a reposar, para continuar con ellos la relación cotidiana, la comunicación de la vida diaria a que estaban acostumbrados. Como si rodeándolo de tales ofrendas, se hiciera evidente que el muerto no es tal.

También limitaré mis intereses a las ofrendas con representaciones figurativas, ya que las imágenes creadas por los hombres e imitadas de las que existen en la naturaleza, comunican algo más evidentemente profundo de significado vital.

Los recipientes simples, destinados a guardar alimentos y agua, que son las ofrendas más usuales, no hacen con el limitado lenguaje de sus formas, más que comunicar el sentido de su función elemental; pero en esto mismo radica su significación: agua y alimentos estaban destinados a preservar la vida del muerto, demostrando que en realidad no lo estaba; otras vasijas, sin embargo, tienen mayor elocuencia en sus formas o en su decoración simbólica y, con frecuencia, usan de códigos complicados y aluden a dimensiones divinas y sobrenaturales. Estas y las otras ofrendas que, a mi parecer, muestran de manera clara que se trata de rodear al cadáver de manifestaciones de vida, vienen a reforzar con mayor amplitud y profundidad el sentido vital de las vasijas guardadoras de alimentos.

Ahora bien; encuentro, entre las figuraciones de las ofrendas funerarias del antiguo mundo mesoamericano, dos grandes conjuntos temáticos: el de las imágenes humanas y el de las imágenes divinas. Ambos, en su contexto, guardan en sí la misma intención negadora de la muerte. Me voy a referir a ambos, usando como ejemplos ofrendas mortuorias de pueblos y de tiempos diferentes. Las del primer conjunto muestran, copiados o estilizados, rasgos similares a los que se aprecian en la naturaleza visible; las segundas, aunque pueden presentarse también con apariencia antropomorfa, se enriquecen, por lo general, con la convención estilística y simbólica propia del pueblo o de la cultura que las produjo. Unas y otras reiteran el afán de la conservación de la vida; en aquéllas, de la vida humana, tal como fue sobre la tierra; en éstas, tratando de enaltecerla con el contacto de la vida divina. Su presencia en Mesoamérica responde a las muy particulares condiciones, inquietudes y orientaciones de la cultura, pero están sin duda vinculadas, en lo que concierne a su carácter, con la concepción que se tenía del hombre y del mundo. Esas imágenes constituyen, a su vez, los testimonios que perduran acerca de los conceptos, costumbres y creencias de tal pueblo o cultura a propósito de la vida y la muerte.

Es de todos sabido que si bien es cierto que única es la civilización en Mesoamérica, su manera de mostrarse es múltiple y diversa. Circunstancias locales y temporales determinan las diferencias; hubo, así, pueblos con afanes de poder terrenal y dominio de actividades intelectuales, como los mayas, y otros, como los aztecas, se sujetaron a obsesiva religiosidad que determinó sus avances políticos y militares. Y hubo también pueblos, sus representaciones artísticas así lo revelan, como los que habitaron en el Occidente de México, que gozaron de la vida cotidiana y natural, en tanto que otros como los ya mencionados aztecas, vivieron bajo la presión de un ansia abrumadora de eternidad cósmica.

De este modo, la dimensión humana y la dimensión divina de las ofrendas mortuorias están íntimamente ligadas con la visión particular que de la naturaleza terrenal y del mundo sobrenatural tuvieron quienes las crearon.

La conservación de la vida humana como se da naturalmente en la tierra

Desde tiempos muy remotos, en el preclásico temprano (antes de 1200 a. de C.), el culto funerario ocupó lugar de primerísima importancia entre los rituales de los antiguos mexicanos. Es durante el preclásico medio (de 1200 a 500 a. de C.), en especial en la región central de México, cuando las ofrendas a los muertos se enriquecen considerablemente. El número de objetos, figurillas macizas y huecas, vasijas y conchas, entre otros, se multiplica; se amplía también la variedad en la imaginería.

Lo que más abunda en sitios como Tlapacoya, El Arbolillo, Zacatenco y Tlatilco en el Estado de México, y Gualupita en Morelos y algo más tarde Chupicuaro en Guanajuato, son representaciones de figuras femeninas. Muy conocidas son las delicadas figurillas llamadas por los arqueólogos mujeres bonitas; de cintura esbelta, tronco alargado, pelvis ampliamente saliente y piernas en forma de conos, denominadas popularmente como de "forma de cebolla", pueden simbolizar la fecundidad terrestre que impedirá la extinción del muerto a que hacen compañía. Se trata de la joven que así se distinguía de la mujer madura con pechos colgantes y prominentes, anchas caderas y muslos gordísimos, cargada de paralelos significados. Lo que el artista del preclásico pretendió subrayar en estas figuraciones aparentemente ingenuas de la realidad visible, es lo esencial; las características sexuales en ocasiones crudamente representadas; la fuente de la multiplicación vital.

Formalmente hay otras mujercitas distintas, en las cuales piernas y caderas crecen desmesuradamente, y púdicadas cubren sus órganos genitales; varias más, tuercen cuerpos y brazos en dinámicas actitudes de vida. De expresión cariñosa son las madres que sostienen en brazos a niños en sus cunas, o las mujeres que se aproximan animales pequeños a la cara.

Se ha recalcado que las figuras femeninas simbolizan la fertilidad; la humana, la animal, la de la tierra. De allí la anchura de sus caderas y la representación de vientres y pechos. Sin embargo, los artistas que las modelaron no se deleitaban tanto con la exuberancia de carnes como aquellos europeos que tallaron las Venus de Willendorf y de Lespuge.

Entre las mujeres del preclásico mesoamericano, no hay dos iguales; si una lleva en el cuerpo un vistoso diseño cromático, la otra usa collares y brazaletes, y una más porta un complicado adorno en la cabeza. No se trataba de reiterar símbolos establecidos; la frescura creativa presente en cada una de ellas indica la inspiración directa en la vida. Y vivas y animadas son todas estas figurillas, que no se encajonan en rígidas convenciones, sino que alertas miran y se comunican, con el mundo de la naturaleza que las envuelve, a través de sus grandes ojos, nunca oquedades vacías, formados por filetes que encierran la pelotilla que representa el iris. En tanto que brazos y piernas pueden estar estilizados, los rasgos específicos de lo femenino lucen realísticamente, expresando la riqueza de su eterno sentido. Se ha dicho que la expresión más antigua del dualismo, principio esencial del mundo prehispanico, se encuentra en las figurillas femeninas del preclásico. En muchas de ellas se muestran dos cabezas sobresalientes de un cuerpo común o dos rostros con tres ojos de los cuales comparten el central.

El nacer y el perecer, según dice Paul Westheim, la siembra y la cosecha, el nacimiento y la muerte, se hacen unidad en ellas. Se da así cuerpo humano al concepto primordial del



Figura bailando y jugando, proceden de Nayarit. Barro.



Hombre tocando el tambor, procede de Nayarit. Barro.



Madre que sostiene a un niño en sus brazos, procede de Chupicuaro. Barro.



Figura femenina del preclásico medio, procede del Altiplano central de México. Barro.

mundo que, dotado de vida natural, se convierte en objeto cotidiano para el hombre del preclásico, y por ello lo acompaña en la tumba resistiendo a la muerte.

Aun cuando más austeras y carentes de la sensualidad y del refinado erotismo que se ve en las mujeres, las figuraciones masculinas son también portadoras del impulso vital. Rara vez exhiben su cuerpo y menos aún sus órganos sexuales; a menudo usan máscaras, y su vestido parece reproducir mantas tejidas o pieles de animales. Es posible que se trate, como se ha dicho, de representaciones de los más antiguos sacerdotes de Mesoamérica; en todo caso tendrían un lugar importante en la sociedad y alguna actividad específica; su vestuario y tocado así lo sugieren.

Entre las figuras masculinas destacan aquellas de mayores dimensiones, que se presentan en las más extrañas y dinámicas posturas. Aquí la vida se manifiesta en el dinamismo excepcional, revelado por medio del movimiento real de las formas; por otra parte, impresionan la veracidad realista de su expresión, y el modelado tridimensional. Se les ha llamado acróbatas o danzarines; sea cual fuere la entidad que representan, su función y destino al acompañar a los muertos consiste en mantener y comunicar el movimiento como permanente e infatigable síntoma de vida.

El Occidente de México

En tiempos no muy remotos, posiblemente entre los dos siglos que antecedieron a la Era Cristiana y los cuatro con que éste principió, existió en el Occidente de México una región poblada de hombres ligados por gran afinidad artística y cultural. Me refiero a la zona constituida por los modernos

estados de Colima, Jalisco y Nayarit en la parte noroeste de la costa del Pacífico de nuestra República.

Lo que unifica a la zona, en cierta medida, es la frecuente presencia de tumbas especiales conocidas como tumbas de tiro, que contienen en sus cámaras, depositadas allí a manera de ofrendas, figuras de barro que comparten caracteres expresivos, tienen rasgos semejantes y fueron realizadas con idéntica finalidad y obedientes al mismo estímulo cultural.

Tales figuras revelan una particular concepción de la vida, de la muerte y del mundo, que tiene solamente, acaso, cierto parentesco, formal y espiritual, con otras imágenes de barro: las ofrendas del preclásico en el Altiplano de México y las de los cementerios de la isla de Jaina en la costa del Golfo de México frente al estado de Campeche. Pero en ellas es insuperable el sentido del amor a la vida, la vida con sus diarios afanes, con su multiplicidad cotidiana, singular y colectiva, por medio de la cual, al ofrendarlas en las tumbas, se intentaba apartar para siempre la amenaza de la muerte definitiva.

Las figuras cerámicas de las tumbas de tiro del Occidente de México muestran la espontánea lozanía de grupos humanos que aún conviven con la naturaleza circundante; son también piezas de un arte que, por reproducir innumerables facetas de la vida cotidiana, fue dedicado invariablemente a acompañar a los cadáveres. Arte biofilico destinado a guardarse con la muerte y comprensible sólo si se considera que su función primordial es reconstruir en torno a los difuntos el acontecer de todos los días, del cual ellos deben seguir participando.

Aunque hay ofrendas con representaciones de animales, lo que refuerza el pensamiento de que, para quienes tales

ofrendas fabricaban, la idea de que la vida en la naturaleza se establece por encima de la muerte, las figuraciones humanas son mucho más abundantes. Aspectos amables del ciclo vital son anecdóticamente ilustrados: mujeres embarazadas, maternidades, figuras juveniles en desempeños cotidianos, rituales y guerreros, completas escenas de momentos del diario convivir.

Las figuras femeninas, aparte de los significados que se enunciaron ya al tratar de las del preclásico, manifiestan un posible cambio en la organización social, que se integra al concepto de la vida. Su lugar aquí, alterna en igualdad con el del hombre; aparecen en parte desnudas, ocupadas en labores que les son propias (molenderas o con un recipiente en las manos) o en condiciones que le son inherentes (maternidades). A veces el estilo local, como el de Ixtlán del Río, pone énfasis en algunos rasgos fisonómicos y corporales que les dan cierto aspecto de caricatura.

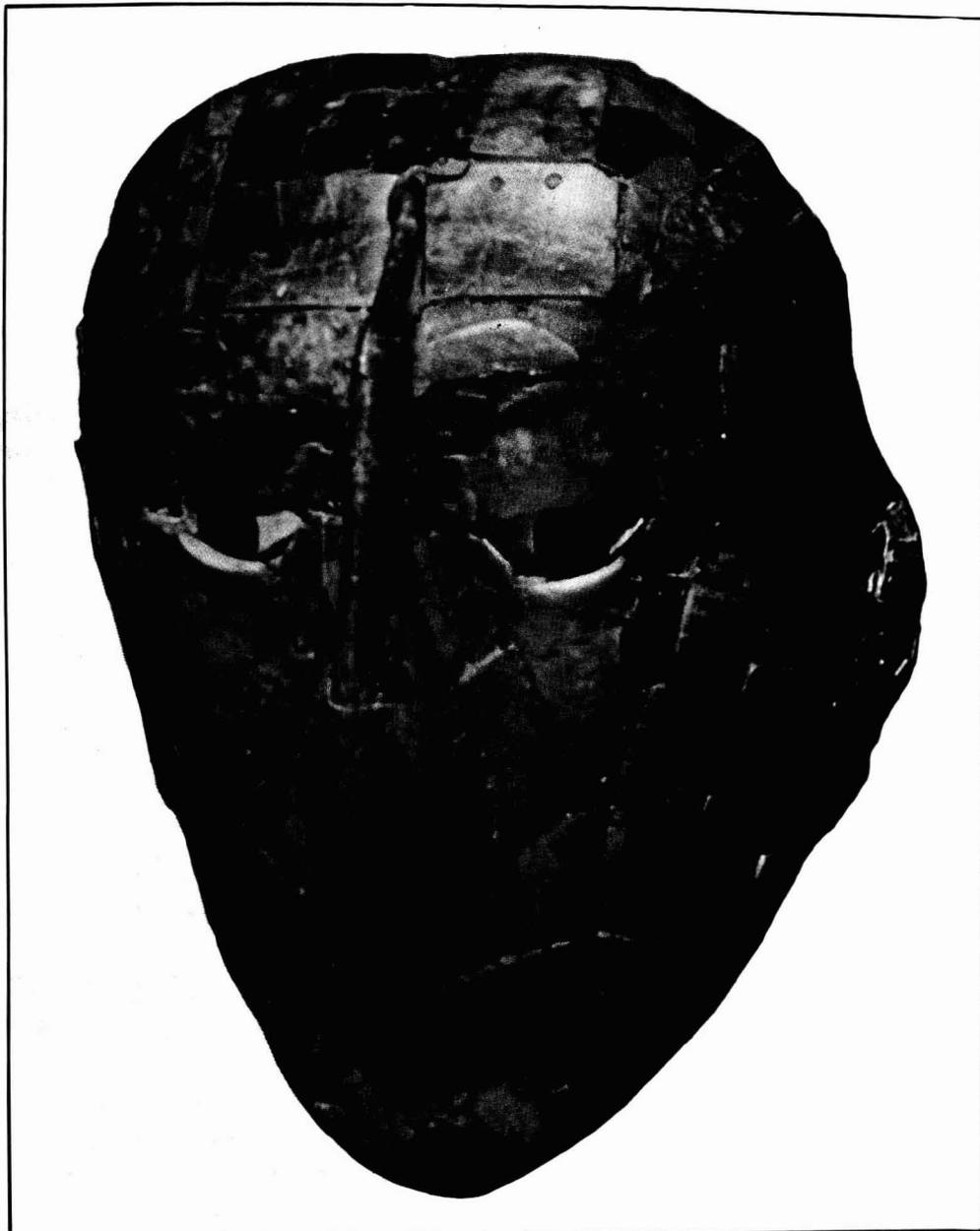
Las imágenes femeninas de mayor tamaño, por lo general de más de 30 cm, son huecas; se diferencian de las masculinas en que estas últimas son recipientes. El cuello de los mismos se disimula al sustituir alguno de los rasgos de la cabeza,

como la oreja, o al ser la parte posterior de la misma cabeza.

Las imágenes masculinas exhiben mayor variedad formal y temática; en diferentes posturas, se las mira siempre en actividad. Algunos fingen beber y por esto se les llama popularmente bebedores; otros son guerreros entre los cuales los hay llamativamente cubiertos con camisas protectoras y con cascos, y más humildes, de poco vestuario y simplemente armados con hachas, garrotes y palos. Hay otros hombres sentados, son los menos frecuentes; de manera discreta, indican el movimiento levantando uno de sus brazos.

Los individuos anormales, jorobados, desnutridos o con malformaciones de otro tipo, fueron también frecuentemente representados en las ofrendas cerámicas de los pueblos precolombinos del Occidente; el carácter visible del padecimiento se acentúa como para no dejar duda de su existencia. Todas estas representaciones revelan con claridad la índole social de la vida cotidiana que se quería dar en participación a quien había muerto.

Reforzando este sentido, hay otro tipo de representaciones en el mismo Occidente, que comunican, acaso de modo



más directo, gracias a su narración escénica, la cotidiana energía vital de estos pueblos. Se trata de diversidad de composiciones en donde las figuras, reducidas a diminutas proporciones y colocadas sobre una pequeña plataforma de barro, muestran la vida en comunidad. Algunas son muy simples, se componen de unas cuantas figuras, la familia menor en sus actividades domésticas y con el perro, su imprescindible acompañante. Otras se constituyen por grupos de individuos que dialogan o ejercen actividades rituales dentro de una casa o templo. Hay otras más, verdaderos modelos de casas y de aldeas con sus habitantes humanos y animales en regocijado despliegue de actividad. En general, casas y figuras fueron hechas con descuido, pero la crudeza de la factura está compensada por el mensaje de vida floreciente que logran transmitir a través de la cándida narración de un momento de la existencia diaria, que se mira como si hubiera quedado para siempre suspendido e inmóvil en el tiempo.

Dentro de estas representaciones narrativas, cabe incluir las únicas escenas mortuorias en Mesoamérica. El cadáver está colocado al centro de la plataforma, a menudo pintado

de blanco, y rodeado y contemplado de figuras con vestimenta y tocado de colores. Es excepcional que estas figuras manifiesten con su actitud sentimientos de pena; el ambiente de la escena impresiona, más bien, como una situación tan natural y diaria como la que se aprecia en las escenas de lo que ocurre en las casas o en las aldeas. No es extraño que junto al muerto haya cestas con alimentos, o que éstos le sean presentados por alguno de los dolientes. Escenas funerarias también son las procesiones de numerosos individuos que dispuestos en hilera, cargan sobre andas un vistoso catafalco. Las escenas de rituales funerarios tienen el mismo significado que las otras escenas de danza, de juegos, de rituales, de cosas que se hacen y ocurren todos los días; por eso están allí junto a los enterrados: su función es recrear, en otro ambiente, la dinámica interminable de la vida humana.

Jaina

Separada de la tierra firme de la península de Yucatán tan sólo por un estrecho canal, la isla de Jaina fue durante el Clásico y el Postclásico temprano un pequeño centro ceremonial y una importante necrópolis. A ésta fueron llevadas figurillas, primordialmente humanas, representativas de diferentes estilos mayas, para ser depositadas como ofrendas funerarias. Hay también, como en Tlatilco y en el Occidente, platos y vasijas, que tuvieron alimentos y bebidas; al muerto se le seguía tratando como si estuviera vivo. A diferencia de la simplicidad figurativa de las imágenes de las ofrendas antes mencionadas, las de Jaina muestran mucho mayor complejidad técnica en la representación de los rasgos físicos y del atavío. Los temas se restringen en su casi totalidad a figuras humanas únicas, ya que rara vez se encuentran animales y escenas compuestas por más figuras. Su característica principal, en cuanto a los asuntos representados, es la exhibición de clases, condiciones y actividades sociales por medio de la particular riqueza de los vestuarios: son, en fin, una demostración más de la vida humana que continúa. Se trata tal vez de una vida humana diferente a las ya vistas con anterioridad, ya que los hombres y mujeres de Jaina se presentan colmados de poder terrenal; no se trata de reproducir las sencillas actividades diarias y la vida comunitaria elemental; se pretende mostrar la importancia que a sus actividades les confieren los arrogantes señores mayas. Son también, no me cabe duda, expresiones biofilicas que niegan a la muerte y revelan el amor por la vida, aunque ésta se muestra a distinto nivel de cultura y de organización social. Pero el principio que da sentido a estas ofrendas es, en esencia, el mismo: la vida humana puede revestirse con distinto ropaje, pero es siempre permanente.

No hay en Mesoamérica un conjunto artístico que tenga las condiciones que se aprecian en las figurillas de Jaina. Se ven plenas de vida, vida confiada y poderosa, y establecen en sus formas cuidadosamente acabadas la existencia permanente de la condición humana.

Se miran, entre ellas, la mujer delicada que se vuelve al mundo con discreta sonrisa, y la sedente que posa con afectada dignidad; la que al ocuparse en sus cotidianos quehaceres no se despoja de su arrogancia, la que por su rico atavío parece haber sido poderosa dama, y la vieja solitaria con gesto enérgico.

En las representaciones masculinas los asuntos son más variados: el músico tocando sus sonajas, el guerrero con su escudo y en actitud de desafío, el pensador que solemne medita, el que con brazos levantados parece arengar a la gente,

y el gran señor, sacerdote o gobernante, con los atributos y atavíos que le confieren individualidad. Era imprescindible que la rica comunidad maya, a la cual pertenecía el muerto, se mantuviera con él, conservándole su lugar, su posición, sus ininterrumpidas actividades.

La imagen humana que se revela en las figuras retratadas de Jaina, es vigorosa, segura, dominante. Es la imagen de un mundo vivo y poderoso, con terrenales pasiones y sentimientos; es también la imagen de una sociedad complicada y aristocrática que tiene en común con otros pueblos de Mesoamérica la fundamental convicción de la eternidad de la vida humana.

Centro de Veracruz

En las tierras centrales de Veracruz se depositaron, durante el periodo Clásico, numerosas ofrendas acompañando a los muertos y constituidas de figuras de barro. Su tamaño varía entre los 20 y los 40 cm de altura, son huecas, por lo general están de pie o sentadas, y algunas acusan en aliento supremo de vitalidad su realismo figurativo.

Muchas son, como las de Jaina, retratos de personajes; en general, contrasta en ellas la animada expresión de los rostros con la quieta rigidez de los cuerpos. Es pues, en aquéllos, donde se concentra el impulso vital. De entre esta poderosa corriente figurativa de carácter realista, que da tono inconfundible a los dones mortuorios del centro de Veracruz, destacan las famosas "caritas sonrientes". Rostros de niños de ambos sexos, tienen en común la franca expresión de la sonrisa que en ocasiones, se convierte en risa plena. Sus ojos brillan y sus bocas se curvan entreabiertas mostrando dientes y lengua; son representaciones excepcionales de la emoción humana en Mesoamérica. Se ha dicho que la función de estos acompañantes de los muertos era la de bailarles y cantarles; recordarles, en fin la alegría de vivir. En estos rostros se afirma, a través de la expresión de los sentimientos humanos, la necesidad de demostrar la durabilidad de la vida. La emoción alegre es la característica que define el sentido de las ofrendas de la región de que se trata.

Palenque

Tumba extraordinaria, con ofrendas únicas e incomparables, es la que se encuentra en el interior del Templo de las Inscripciones en Palenque. Tumba real se la ha llamado, hecha por mayas clásicos. En ella las ofrendas de imágenes humanas y de imágenes divinas sugieren la necesidad de alcanzar el nivel del dios, superando el nivel humano. Además de procurar que la vida humana sea permanente, se pretende que alcance las condiciones de la vida divina.

Las imágenes humanas representan, tal parece, a hombres reales. Son cabezas que posiblemente decoraban frisos y cresterías de algún templo. La divina es una pequeña figurilla de jade que representa al dios solar. Hay una imagen más que considero aquí como ofrenda: es la máscara que cubría el rostro del personaje enterrado. Retrato funerario de cualidades excepcionales; sobre una capa de estuco colocada en la cara del difunto, para preservar sus rasgos reales y otorgarles la eterna perfección de la materia más preciosa, se armó la imagen de mosaico de jade, con los ojos de concha y obsidiana.

Dejo fuera de estas consideraciones los problemas que ofrece el recinto en el cual se guardó al muerto: la decoración simbólica en los muros, en el sarcófago y en la lápida que lo cubría; me atengo, así, a lo que son los dones que se colocaron para afirmar al hombre en su perenne existencia. Tales

dones obsequiados al gran señor palencano, posiblemente elevado a categoría divina por su hereditario rango ancestral, señalan la continuidad de su vida humana dentro de su vida divina, vidas que en este caso se encuentran en su infinitud; no hay distinción entre las dos dimensiones, la humana y la divina: ambas se concilian y reiteran la preservación de la vida dual. Y las imágenes divinas, la figura del dios solar y la máscara del individuo ya deificado, ponen énfasis en su dimensión infinita: están hechas de la luminosa condensación del jade, que no es otra cosa que la vida misma.

La conservación de la vida humana en su unión con la vida divina.

Voy a referirme ahora a otras ofrendas que parecen mostrar casi exclusivamente el anhelo de la prolongación de la vida humana en la vida divina; las imágenes de los dioses son en las ofrendas mortuorias, compañeras de los hombres. Su presencia en las tumbas sugiere la consecución de rasgos de existencia divina por medio de la superación de la humana. No se trata ya de la prolongación de la vida humana con sus diarias costumbres y actividades; es más bien la manifestación de la infinitud de la divina.

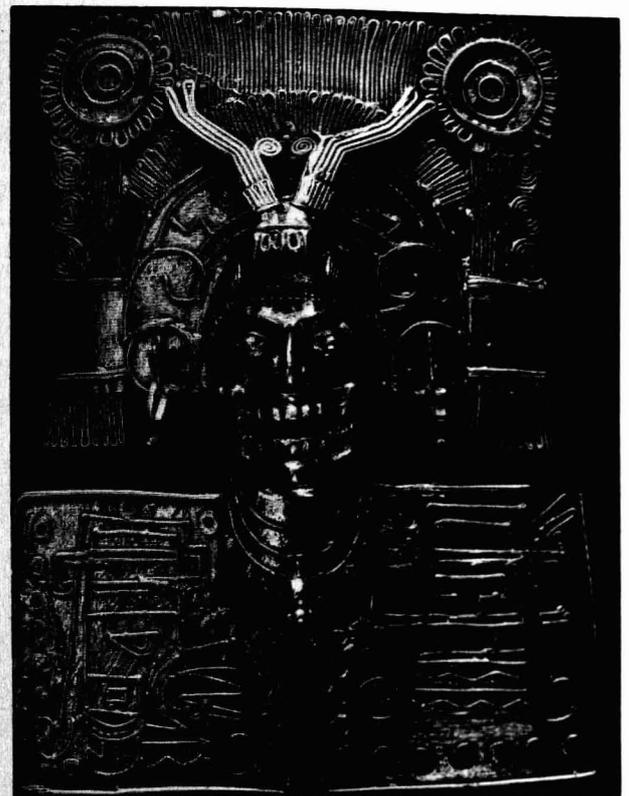
Urnas zapotecas

Durante el periodo clásico en Oaxaca, conocido como Monte Albán IIIa y IIIb, los zapotecas institucionalizaron la costumbre de colocar, como acompañantes de sus muertos, urnas con efiges de dioses o de sacerdotes ataviados como dioses. La costumbre, cuya trayectoria se inició en épocas anteriores a aquella a que me refiero, se convirtió en uno de los patrones constantes de la cultura zapoteca.

Las urnas están configuradas por un recipiente cilíndrico, sellado en la base y abierto en la parte superior, en cuyo frente se encuentra en posición sedente la figura divina. Esta, por lo general, se inscribe dentro de las convenciones formales propias a la imaginería de seres sobrenaturales: el cuerpo simplificado contrasta con la complejidad del tocado. La figura, modelada para ser vista de frente, oculta el recipiente que en ocasiones contenía a su vez otras ofrendas de objetos menores y preciosos como navajas de obsidiana o pequeñas piezas de jade tallado; no hay datos para pensar que hubieran contenido alimentos y agua o que hubieran servido para llevar en su interior restos o cenizas humanas.

Es bien sabido que en Mesoamérica las representaciones de la divinidad se revisten de apariencia antropomórfica; pero en estas urnas, los símbolos que llevan en el vestuario y sobre todo en el tocado y en el elemento que sostienen entre las manos, indican su carácter sobrenatural. No siempre es fácil distinguir la identidad de las imágenes divinas; su deidad se ve más claramente cuando se presenta en aspectos teriomórficos, fitomórficos o fantásticos.

Algunas urnas de Oaxaca se ven alteradas en su aspecto humano, como los Cocijos de nariz prominente, lengua bífida y rasgos faciales abstractamente geometrizados, en cierta urna que representa a Xipe Totec, se llega al extremo alejamiento del dato visual, en tanto que en otra, llamada del "dios del moño en el tocado", se combinan la transformación de la fisonomía con el símbolo clave en esa prenda. En ocasiones, una máscara animal encubre el rostro; pero las más de las veces el signo indicador de la deidad de que se trata se muestra en el tocado, coronando las impávidas y majestuosas figuras.



Pectoral mixteco, representa al dios de los muertos, procede de Oaxaca, Oro.

En las tumbas de Monte Albán se encontraron, entre otras cosas, además de esas urnas, platos y recipientes pues la vida divina parece requerir también del sustento fundamental. Se diría que con sus figuras las urnas de dioses vienen a mostrar que el hombre prolonga su vida en una vida superior tocada por principios trascendentes.

El oro de los mixtecas

En una época muy tardía de la civilización de Mesoamérica, posiblemente poco antes de la conquista española, los mixtecas, pueblos que habitaban en las tierras altas de Oaxaca, se aposentaron en los valles y volvieron a hacer uso de las antiguas tumbas zapotecas. Depositaron en ellas a sus muertos y los obsequiaron con delicados recipientes polícromos y con exquisitas joyas de oro y de piedras preciosas. Las imágenes representadas en éstas son divinidades o figuran sitios deificados. Oro para pectorales, broches, anillos y pendientes; oro combinado con turquesas, corales, cristal de roca, para collares y orejeras —materias preciosas que son en sí mismas expresión de vida eterna. De la tumba 7 de Monte Albán proceden 121 objetos mixtecos de oro trabajados en láminas martilladas o en formas huecas y resaltadas mediante la técnica de cera perdida. Uno de los más notables es el pectoral con un personaje portador de una corona, y, en las mejillas, una máscara que representa el maxilar descarnado; las dos placas que simulan su cuerpo llevan fechas jeroglíficas sincrónicas de los días en los estilos zapoteca y mixteca. Otro pectoral de oro compuesto de cuatro secciones articuladas entre sí por medio de anillos, figura el universo deificado. La parte superior en forma de *tlachtli*, juego de pelota, tiene una escena con dos imágenes; una de ellas es del dios solar, en



Urna zapoteca, representa a Xipe Totec, procede de Oaxaca. Barro.

Mujer maya, procede de Jaina. Barro.

"Carita sonriente", procede del Centro de Veracruz. Barro.

tanto que la otra parece ser la del de la oscuridad: en el centro aparece una calavera, es la sucesión rítmica de la vida cósmica que ha de rodear al hombre en su vida de futuro ilimitado. En las placas inferiores se ve al sol mismo —la luz transmutada en oro— a la luna y a la tierra.

Pectoral también es el de la representación de Xipe, el dios de la primavera, con la piel humana del desollado cubriéndolo para significar la renovada vegetación de esta época del año. Pero es también el dios de los orfebres, el que cubre objetos de barro, de madera o de piedra con una piel amarilla: la lámina metálica. En un pendiente pequeño se reitera la presencia del dios solar en su forma de águila que cae, el sol en su descenso, y de su símbolo guerrero, la mariposa de alas extendidas. El oro es la imagen de la luz solar y por consiguiente de la inteligencia divina; el oro es la imagen del sol en la tierra; el oro es transmisor de la cualidad superior, la vida infinita y la iluminación suprema, ofrendadas para garantizárselas, convocadas, al que yace entre ellas.

La vida cósmica

Quiero, por último, referirme, de manera breve, a cómo el concepto de la ininterrupción de la vida alcanzó su plenitud. La negación de la muerte que se aprecia en las imágenes de las ofrendas mortuorias culmina una vez que, superada la vida humana por medio del sacrificio, ésta se vuelve totalizadora, eterna, cósmica.

El hombre, que no puede existir sin la creación de los dioses, los mantiene, a su vez, con su propio sacrificio y les proporciona como alimento la sustancia mágica, la vida que se encuentra en la sangre y en el corazón humanos. El hombre se convierte en colaborador indispensable de los dioses; su

vida se supera y adquiere un sentido superior, de modo que los dioses subsisten en su vida infinita porque son alimentados diariamente con vidas antes efímeras.

"El azteca", ha dicho Alfonso Caso, "es el pueblo elegido por el sol; es el encargado de proporcionarle su alimento..." Alimento que consiste en la propia vida del hombre. Es por medio del sacrificio que la vida humana se vuelve sagrada, que el hombre comulga con la eternidad.

La humanidad entera tiene como misión estar al lado del sol y proveerlo de su alimento cósmico vital; los poderes luminosos existirán así para siempre, sobre los poderes de tinieblas. El sol es el fuego, el brillo, el esplendor; es el principio activo, la vida joven que todos los días se renueva; es en suma la fuente de la energía vital. Los aztecas vivían para el sol y éste nacía diariamente para iluminarlos de vida.

Entre las ofrendas recientemente encontradas en las excavaciones del Templo Mayor de Tenochtitlan, hay una de particular significación para lo que aquí me interesa señalar. Se trata de un par de urnas de forma cilíndrica, de color naranja y con relieves que representan divinidades. En su interior contenían restos de huesos humanos cremados y objetos de obsidiana. Su carácter de urna funeraria es, por lo tanto, indudable. Pero lo que parece más notable y que viene a confirmar el sentido cósmico que la vida humana adquiere es precisamente que es el dios el recipiente mismo de los restos humanos; así, la vida humana que se diviniza en su muerte es contenida por la divinidad. La vida trasciende lo humano y se continua y es parte de la vida divina. Aquí, los restos humanos no sólo están acompañados por las imágenes de los dioses, sino que son contenidos por ellas, y así reciben la protección de la divinidad que los guarda como si fueran parte suya. La vivificadora ofrenda mortuoria alcanza, de este modo, la perfecta plenitud de su sentido.

En resolución, las ofrendas mortuorias de las cuales he hablado hasta aquí, parecen manifestar en sus varias formas y contenidos, un solo sentido esencial: el amor a la vida y la necesidad de su preservación. El arte de las ofrendas funerarias es un arte esencialmente biofílico, que niega a la muerte a través de múltiples expresiones de vida. En los pueblos del preclásico, la vida humana que se prolonga en sus ofrendas es primordialmente la vida procreadora, la de la fecundidad humana, de la fecundidad terrenal. En las ofrendas del Occidente, la vida humana se prolonga en las costumbres cotidianas, en los hechos a diario compartidos; la afectividad, la alegre emoción, la vida pasional, prosiguen en las ofrendas del centro de Veracruz, en tanto que la vida que se perpetúa en las ofrendas de Jaina es la de la aristocracia de un pueblo arrogante. Vida humana también, pero con necesidad de alcanzar el nivel divino, es la que se mira en los obsequios mortuorios de la tumba de Palenque. A su vez, las urnas de dioses zapotecas vienen a mostrar que el hombre se establece en una vida superior tocada por principios trascendentes. El oro, la vida eterna, la luz imperecedera, es lo donado a los hombres mixtecos en su tránsito. Por último, para darle la, infinita existencia y la vida cósmica, esa que el hombre llega a alcanzar por medio del sacrificio, y en la cual se sumerge como parte suya en la infinitud de los dioses, los aztecas lo incorporan a los dioses mismos, unificándolo con éstos, al guardarlo en sus vasos funerarios, de una vez y para siempre. De esta suerte, la fecundidad de la naturaleza, los valores vitales de la comunidad en sus diversos grados, las fuerzas de la alegre sensibilidad, los varios impulsos hacia la presencia divina, se condensan y se unen para hacer evidente la posibilidad de que el hombre realice su afán de ser eterno.